

Llegóse luego do la mar batia;
Después que le dió vueltas á la cuerda
Segun el punto que le parecia
Para quel duro tiro no se pierda,
Tentó la flecha que le convenia,
El arco toma con la mano izquierda,
Atrás estriba con el pié derecho,
Tuerce para tirar el ancho pecho.

Encorva los fortisimos pulgares,
Y sale dellos la veloce flecha
Cortando los aéreos lugares
Por do la mandan ir via derecha;
Rompe la dura punta los ijares
Del triste que no tuvo tal sospecha;
Recógele la mar, do su caída
Fué para despedirse de la vida.

Viendo la buena suerte de la jara
Los bárbaros que están en la ribera
Alzaron grande grita y algazara,
Contentos por el premio que se espera;
La suya cada cual dellos dispara,
Mas no llegaron donde la primera;
Trajéronles el vino prometido,
Que fué por todos ellos consumido.

Viendo pues los piratas y cosarios
La obra que hacian las pajuetas,
Tenian por juicios temerarios
Esperar mas tan impías espuelas;
Y así, sin hallar votos contrarios
Procuraron huir á todas velas
Desde donde flecharon al mancebo,
Que fué la parte donde murió Jebo.

Que fué mas por industria que por yerro
Haberse la canoa trastornado,
Para que se cumpliese su destierro
Primero que saliese desterrado,
Por ser para cristianos tan mal perro
Que jamás les dejó de dar bocado,
No faltando después entrestas gentes
Otros tan atrevidos y valientes.

Pues otras muchas veces acudieron
Al fuerte y á los fosos que estan hechos,
Pero ninguna cosa concluyeron
Por faltalles las mañas y pertrechos;
Y aunque valientes bárbaros murieron,
Jamás faltó la furia de sus pechos,
Antes como fortisimos y diestros
Derribaban algunos de los nuestros.

Pues no pudo librarse desta plaga,
Quando pensaba della ser seguro,
Un Pulgarin, vecino de Azuaga,
Detrás de las almenas en el muro,
Por haber en lo bajo quien amaga
Y no ver en lo alto mal futuro;
Pero cierto gandul de la canalla
A raíz se pegó de la muralla.

Y estando puesto donde deseaba,
Envío su arpon al alto cielo,
Y en faltando la fuerza que llevaba
Que ya no pudo dar mas alto vuelo,
Abajo vuelve y al bajar enclava
El hombro del impróvido mozuelo:
Lloraron todos esta desventura,
Porque su vida fué de poca dura.

Durante pues las guerras y pependencias
Del español y bárbaro vecino,
Nacieron, sobre ciertas diferencias
De pescas en el término marino,
Pesadas y sangrientas competencias
Entre los bondos y los del Dorsino;
Y con aquestas guerras intestinas
Descansaban las gentes peregrinas.

Mas aqueste descanso duró poco,
Porque teniendo preso por tributo
Al indio principal de Mamatoco,
El padre del, como varon astuto,
Por dalle libertad, un modo loco
Tomó pensando que sacara fruto,
Y fué debajo de sus amistades
Abrasar las cristianas vecindades.

A sus indios el viejo les decia:
« Como la llama por los altos vuela,
La guarda de la cárcel se desvia
A socorrer aquello que les duele;
Llegará luego nuestra compañía
Viendo que ya no tiene quien lo vele,
Y, aunque con grillos, nos daremos maña
Para lo retraer á la montaña. »

Con estas intenciones se congrega
Toda la gente de mayor sustancia,
Y con el nuble de la noche ciega
Gaminaron con cauta vigilancia:
El escuadron en breve tiempo llega
Al pueblo por ser breve la distancia;
Mas vieron gentes bien apercebidas
Que velaban entradas y salidas.

He dicho cómo toda la frontera
Desta ciudad es monte y espesura;
La iglesia della tiene algo fuera,
De los tales rebatos mal segura,
Y ocho gandules desta gente fiera,
Viendo por esta parte coyuntura,
Al oratorio santo ponen fuego,
El cual por todas partes ardió luego.

Vistos los resplandores de candela
En tal lugar y en noche tan obscura,
Adivinóse luego la cautela
Y de quién emanaba la locura:
Al arma tocan los que hacen vela;
Acaden muchos á la voz del cura;
Sacaron el divino Sacramento,
Y la posible ropa y ornamento.

El viejo con los otros no se tarda
En ir para soltar el hijo preso;
Pero para ponelle mejor guarda,
Quando mas confusion hubo mas seso:
Hubo ballesta, lanza y alabarda,
Y españoles con él de mucho peso;
Y los indios por no ser conocidos
Se volvieron confusos y corridos.

Pensando pues que de la maldad hecha,
Por ser ellos de paz, nadie podría
Tener ni concebir mala sospecha,
A los puertos volvieron otro dia
Con intencion que no les aprovecha,
Culpando la rebelde serranía;
Mas con el agua y el cordel molesto
Hicieron su delito manifiesto.

Visto de sus delitos el abismo,
Al viejo con tres otros ahorcaron,
Y precediendo santo catecismo,
Antes que padeciesen se lavaron
Los cuatro con el agua del bautismo,
Porque con gran hervor lo demandaron
Y como no constó ser delincuente,
Ir dejaron al preso libremente.

Después de cumplida la sentencia
Que mereció tan torpe desatino,
El dicho don Luis tuvo licencia
Del rey para seguir otro camino;
Y para le tomar la residencia
El buen don Lope de Orozco vino,
Y por gobernador y por regente,
Adonde permanece de presente.

El rey al don Luis manda que lleve
Cargo de gobernar á Venezuela.
Don Lope resta ver, á quien se debe
El elogio postrero desta tela:
Este quiero cantar, y seré breve;
Pues tratando del Cabo de la Vela
Hice memoria del en Mocoira
Y de los que mató bárbara ira.

ELOGIO

*de don Lope de Orozco desde que vino á gobernar á Santa
Marta, donde se hace mencion de las cosas en aquella
governacion sucedidas hasta el año de 1585.*

CANTO PRIMERO.

Ya corria la era de setenta
Y seis años del santo nacimiento,
Demás de quince cientos, cuya cuenta
De cuentas es la luz y fundamento,
Quando don Lope de Orozco tiente
Sulcar la mar y dar velas al viento
Con dos naves fortisimas aposta
Hechas á sus espensas y á su costa.

Trescientos hombres van, buenos soldados,
De gente principal y populares,
De todas armas bien aderezados
Y ropas y atavios singulares;
Los ciento desta gente son casados,
Dispuestos á poblar nuevos lugares,
Y en ellos con designos y esperanzas
De se valer por crias y labranzas.

Trajo sus hijos, porque con él vino
Don Alonso y don Pedro y otro hermano,
Don Andrés de Pineda, su sobrino,
Hombres para regir guerrera mano;
Porque don Diego ya fué peregrino
En estas tierras y hombre baquiano,
Varon en este reino muy aceto
Y á quien todos tenían gran respeto.

Porque don Lope de Orozco tuvo
En este reino cargos eminentes,
Y en el servicio de su rey anduvo
En Indias por provincias diferentes,
Y aquí no pocos años se entretuvo,
Casando muchos deudos y parientes,
Y á su hermosa hija Mariana,
Ejemplo grande de virtud cristiana.

Ahora de sus peregrinaciones
En aqueste compendio no se trata,
Por no poder decir breves renglones
Los naufragios del Rio de la Plata,
Do fortuna le dió de los baldones
Que suele quando mas se desacata;
Y estos para ponellos en memoria
Han menester particular historia.

Pudiéramos correr á vela y remos,
Segun teniamos materia harta;
Mas como vamos ya por los estrechos,
De donde razon pide que me parta,
En esta parte solo tractaremos
Los negocios que son de Santa Marta,
Cuyas revueltas, tramas y marañas
Me dejan quebrantadas las entrañas.

Con esta gente pues conmemorada
Guió don Lope proas al poniente,
La mar algunas veces alterada
Y llena de mortal inconveniente;
Pero pudo llegar á la Ramada,
Donde desembarcó toda la gente,
Porque en la costa y en aquellos llanos
Está puerto poblado de cristianos.

Por Bartolomé de Alba fué fundado,
Por mandado desta real audiencia,
El año de sesenta ya pasado,
Que llevó deste reino la licencia;
Y aunque fué por algunos contrastado
No pudieron borrar su permanencia:
Es para sementeras tierra franca,
Y llamase la nueva Salamanca.

Por ser tierras de sus jurisdicciones,
Allí fué recebido del vecino,
Y con refrescos y recreaciones
En dar el hospedaje fué benino;
E informado destas poblaciones,
A Salamanca hizo su camino,
Donde luego tomó la residencia
Hasta que pronunció final sentencia.

De su venida la razon se lleva
A Bonda y á la tierra comarecana,
Y como viesen ya justicia nueva,
Vinieron á la paz de buena gana,
La cual el buen gobernador aprueba,
Y toda aquella tierra quedó llana,
Hallando para esto ser remedio
Quitar la fortaleza de por medio.

Porque por todos gran examen hecho,
Vian ser en cualquiera coyuntura
Las costas muchas y ningun provecho,
Y de los españoles sepultura;
Cesaron pues asaltos y el asecho,
Dudosos trances de la guerra dura,
Y agora un hombre solo no recela
Por tierra ir al Cabo de la Vela.

De donde, por haber seguras treguas
Con todos los caciques del terreno,
Por espacio de mas de treinta leguas
Ha mandado hacer camino bueno,
Y ha metido por él vacas y yeguas,
De quel compás de Bonda tiene lleno;
Porque los que tenian en la tierra
Habian perecido con la guerra.

Puestas todas las cosas en sosiego,
Y dejando recado conviniente,
Al gran valle de Upar se partió luego
Con razonable número de gente,
Llevando su mayor hijo don Diego
Cargo de general y de teniente,
El cual poco después hizo viaje
A Mocoira contra su salvaje.

Por los respectos que mas atrás digo,
Quando poblaron en aquellos puertos,
Y en la rebellion del enemigo
Los tres hermanos Lermas fueron muertos,
Y fué don Diego para dar castigo
A los culpados en los desconciertos,
Adonde hizo hechos tan notables,
Que á los presentes fueron admirables.

Y un Juan de Sorocois, vizcaíno,
Mancebo de no flacas esperanzas,
Cuyo valor á mi noticia vino
Después de las sangrientas destemplanzas,
Pareceme que no fué menos dino
De lo solemnizar con alabanzas,
Pues á caballo con la crúel asta,
No pocos hizo menos desta casta.

Mas con el grande sol que los fatiga
Causó del Sorocois el caballo;
Cuanto con las espuelas mas instiga,
Tanto menos podía rodeallo;
Y la crúel canalla y enemiga
A manos procuraban de tomallo,
Y cuando su prision via ser cierta,
La lanza de don Diego lo liberta.

Con no menos furor que brava fiera
Revuelve luego sobre los paganos;
El cansado rocin en la carrera
Los piés mostró mas tardos que livianos,
Y dos veces demas de la primera
Don Diego lo sacó dentre sus manos;
Mas no salió tan libre del enojo,
Que no le diese flecha por un ojo.

Por la cuenca rompió de tal manera,
Que no quedó la lumbré del difunta;
El tendal se quitó que quedó fuera,
Y dentro consumió toda la punta,
Y segun pareció, tan larga era,
Que con la nuca, sin salir, se junta,
Y por entonces no se vido cosa
Que mostrase herida peligrosa.

Antes el dicho golpe se le enjuga,
Y todos lo tuvieron por sencillo;
Mas allí se crió cierta berruga,
Y á la parte también del colodrillo
Un cierto torterillo como oruga,
Que crecia segun un lobanillo,
Que tuvo muchos meses, y por donde
Después aquella punta corresponde.

Y así, sin la torcer, vía derecha,
Juan Perez, un mulato, por su mano
Un largo gemo le sacó de flecha,
Sin que menester fuese cirujano,
Pues la tubércula quedó deshecha
Y el dicho Sorocois vive sano,
El ojo claro, sin lesión alguna,
Que fué caso de próspera fortuna.

Fué pues la conclusión del marció juego
Los bárbaros quedar con la victoria
Y con mayor furor, según allego
En lo que dicho queda desta historia:
Lo cual reconocido por don Diego,
El poder escapar tuvo por gloria,
Y así con los que puede se retira
Del feroz morador de Macoira.

Con su padre habló dándole cuenta
De sus trabajos y dolor inmenso;
Y como para guerra tan sangrienta
No tenían posible tan estenso,
Hasta después tres años del ochenta
Aquel castigo se quedó suspenso;
Y entónces de lugares diferentes
Determinaron de convocar gentes.

Y teniendo de gente castellana
Cuarenta para lo que se desea,
Que fué hacer aquella tierra llana
En tanto que de mas gente se arrea,
Enviolos al pueblo de Santa Ana
Y por capitán dellos un Olea:
Era pueblo de paz y comarcano
De Macoira y en el mismo llano.

Hay por aquel compás indios anatos
Con los guañebucanes y cocinas,
Y en estos llanos grandes muchos hatos
De vacas que recorren las salinas,
Sin impedir los tractos y contratos
Del español las gentes convecinas;
Y en estos hatos tienen los señores
Españoles y negros por pastores.

Sabiendo pues los indios que volvía
Con orden militar gente cristiana,
Y esperaban mas amplia compañía
En aquel dicho pueblo de Santa Ana,
Primero que gozasen deste día
Quisieron tomar ellos la mañana:
Digo los indios, porque de repente
En el Olea dieron y en su gente.

En noche triste, negra y oportuna,
Se repartieron bárbaros guerreros
Con orden para dar todos á una
En las estancias sobre los vaqueros,
A quien fué tan contraria la fortuna
Que vieron sus remates postrimeros,
Y al mismo punto la mortal pelea
Sobrel desventurado del Olea.

Entraron en el pueblo repartidos
En donde los cristianos se aposentan;
Suenan gritos mortales y gemidos
De los que la crueldad experimentan;
Huellan sobre los cuerpos de caídos
Quel suelo de las casas ensangrientan,
Pechos rompídos, quebrantados brazos
Y cabezas partidas en pedazos.

Viendo cuán derendo iba la cosa,
Sin ver por dó huir el mas despierto,
El mulato Juan Perez de la Rosa
En el suelo se estiende como muerto;
Pasó por él la gente belicosa
Teniendo, tal está, su fin por cierto;
Pero después que vido coyuntura
Como cervo sus pasos apresura.

E yendo por aquella gran campiña
Escombrada de montuosa rama,
En camisa, sin ropa ni basquiña,
Vido huir también á cierta dama,
En los trémulos brazos una niña;
Yerónima de Manjarés se llama
Esta mujer, que quiso Dios libralla
Del impio furor desta batalla.

Consuela sus tristezas y pesares
Viendo tan oportuno caminante
Para poder salir destos lugares,
Pues sola no pudiera ser bastante;
Y un Antonio Gonzalez y un Suárez
Se juntaron con ellos adelante,
Y estos solos de todos los cuarenta
Pudieron escapar de la tormenta.

Corren luego las gentes rebeladas
La costa donde está la granjería
De perlas, defendiendo las aguadas
De donde el español se proveía;
Huyeron las canoas asombradas,
Con la gente que en ellas residía,
Y al río de la Hacha se vinieron
Donde por muchos meses estuvieron.

Llamaron al don Lope los vecinos,
Vista la desventura sucedida;
Suspende por entónces sus caminos,
Dándoles certitud de su venida
En castigando ciertos desatinos
De otra rebelion mas atrevida,
De la cual brevemente se despacha,
Y partió para el río de la Hacha.

Y en servicio de la real corona
El trabajo tomó por regocijo,
Queriendo castigar por su persona
El mas recio furor que duro guijo,
En cuyo riesgo grande no perdona
A don Pedro de Carcamo su hijo,
Que hizo cosas en aquel viaje
Decentes al valor de su linaje.

Estimulados pues de justa ira,
Rompiéron los caciques rebelados
En tierras de Soturma y Macoira,
Con número de hasta cien soldados;
A defenderse cada cual aspira;
Mas brevemente son desbaratados,
Los principales dellos hechos piezas
Y las sendas pobladas de cabezas.

Punida con rigor la gente suelta
Y puestos los rebeldes en cordura,
Al valle de Upar luego dieron vuelta,
Provincia que tenían mal segura,
Por una pesadísima revuelta
Y suceso de grande desventura,
Del cual aquí daremos breve cuenta
Segun la relación nos representa.

Hay dentro del Upar muchas naciones,
En las lenguas y ritos diferentes,
Pero todas de fieras condiciones,
Y destas son los tupes mas valientes,
Altos y de fornidas proporciones
Y á los cristianos no muy obedientes;
Mas todavía por aquel paraje
También reconocían vasallaje.

Destos, Francisca, india ya cristiana,
Casada con Gregorio, muy ladino,
Vivian entre gente castellana
Instructos en católico camino;
Y un Pereira, de gente lusitana,
Que en el valle de Upar es hoy vecino,
Tenia sin pensar tal maleficio
A marido y mujer en su servicio.

Antonio de Pereira era casado,
Y segun dicen con mujer celosa,
La cual siempre vivia con cuidado
De la Francisca, porque fué hermosa;
Y por ventura, sin haber pecado,
El ama desta india sospechosa,
Con azotes hirió sus miembros bellos
Y trasquilóle todos los cabellos.

Corrida desto la Francisca bella,
Segun suele feminea destemplanza,
Puso los ojos en venganza della,
Y para ver cumplida la venganza
Al Gregorio presenta su querrela;
Y ambos debajo desta confianza
Se fueron á los tupes sus parientes
Movidos destos locos accidentes.

Cuando la india vió las plantas puestas
Do su querer mandó que las aplique,
Sus bellas carnes bizo manifestas
Ante Coro Ponaimo su cacique;
Pues en aquel lugar las mas honestas
Y todos cuantos hay andan á pique,
Usando de la justa vestidura
De que los proveyó don de natura.

Y así la dicha moza se compuso
Con desnudez, aunque ropas llevaba,
Para mas conformarse con el uso
De la bárbara tierra que hollaba:
El indio, contemplando lo recluso,
Con amorosos ojos la miraba,
Y pidiendo razon de su venida,
Dijo que á le servir toda la vida.

Porque las españolas son molestas,
Y no queria mas gustar sus hieles;
Y en estas demandas y respuestas
Saliéronse las gentes infieles,
Y ellos entre requiebros y recuestas
Vinieron á juntar entrambas pieles,
Quedando del contacto de los pechos
Los dos nuevos amantes satisfechos.

Después del sensual ayuntamiento,
Supo tan bien jugar con el tirano,
Que cosa no le daba mas contento
Que lo que se guiaba por su mano;
Y al marido le hizo tractamiento
Como si fuera su mayor hermano;
Y viendo la Francisca ser dispuesto
A no la disgustar, le dijo esto:

«Dime, señor, un hombre tan discreto,
No menos poderoso que valiente,
¿Cómo puede sufrir estar subyeto
A los mandados de extranjera gente,
Pudiéndolos poner en el aprieto
Que suele decepar mala simiente,
Pues para concluir cosa tan alta
Sola tu voluntad es la que falta?»

«A los hombres, señor, de tu valía
Y que tienen tan amplios los poderes,
No cumple por temor ni cobardía
Obedecer ajenos pareceres;
Y aquesta servidumbre se desvía
Facilísimamente si quisieres,
Porque solo querello, como digo,
Será la perdición del enemigo.»

«Ningun cristiano dellos se recela
Sea con claridad ó con obscuro;
Yo sé que su ciudad nunca se vela,
Con no la rodear cerea ni muro;
En ningun tiempo ponen centinela;
Duermen á sueño suelto sin seguro;
La gran dispusición y el aparejo
Son los que también dan este consejo.»

«El cual si por ventura se tomare,
Siendo como lo es tan acertado,
Por todas las provincias del Upare
Será siempre tu nombre celebrado;
Y así lo necesario se prepare
Para hacer mi corazón vengado,
Pues cierto, si tus armas no se ablandan,
Tú solo mandarás lo quellos mandan.»

Dijo la mala hembra, y el beodo
A todo le prestó fácil oído,
Y la respuesta suya fué de modo
Que hizo general á su marido;
El cual desdeque juntó su poder todo,
Y estando cada cual apercebido,
El cacique que vió sus gentes prestas,
Dijo pocas palabras, y son estas:

«Amigos y parientes, de quien fio
La guerra do me lleva mi deseo;
Bien sabeis todos el intento mio
Y en que pretendo de hacer empleo;
Estais compuestos de valor y brio,
Armas bastantes, militar arreo;
Venis á redimir vuestra zozobra;
Resta poner las manos en la obra.»

«Solo quiero decir que cada uno
Trabaje no tener la mano floja,
Y en viendo lugar cierto y oportuno
Procure de hacer la tierra roja,
De manera que cristiano ninguno
Se libre de mortifera congoja,
Y dé cada caudillo buen recado
Del cuartel que le fuere encomendado.»

«Entrar por cuatro partes sea notorio
A todos: por la una Quiria Imo;
Por otra con su gente va Gregorio;
Por otra mi hermano Curunaimo;
Otra, que es mia, con el oratorio
Buena cuenta dará Coro Panaimo;
Vendrán itotos y los cariachiles,
Y si no, quedaránse para viles.»

«Podrá ser que de industria se detengan
Y estar como cobardes á la mira,
O que en el parecer se desavengan
Tomando por escudo la mentira;
Pero digo que vengan ó no vengan,
Cristianos han de ver su fatal ira,
Pues para tan liviano hecho basta
Coro Ponaimo con los de su casta.»

«Por tanto caminemos con el día
Lo que nos resta del incontinente,
Porque llegada ya la noche fria
Estemos á la hora competente
Sobre Guataporí, que se desvía
Pocos pasos de la cristiana gente;
Y cuando se tocara la corneta
Cada cual á sus casas arremeta.»

Dijo Coro Ponaimo su desino,
Y los guerreros escuadrones puestos
Continuando fueron su camino
Por lugares que ven menos enhiestos,
Hasta que ya la noche sobrevino
Y fueron repartidos por sus puestos,
Presentes de Francisca los enojos
Para ver la venganza por sus ojos.

«Oh cuánta desventura, cuántos daños
Al pueblo lleva su furor sangriento!
¿Cuán descuidados ya destos engaños
Dormía cada cual en su aposento!
Pues se pasaron bien treinta y seis años
Del tiempo que poblamos el asiento,
Sin que cacique desta serranía
Concibiese jamás tal osadía.»

Bien que nos defendían sus partidos
No con menos valor que de romanos,
Y en algunos recuentos bien reñidos
Hubieron españoles á las manos;
Pero nunca jamás tan atrevidos
Que bajasen al pueblo de los llanos,
Con ser á los principios los soldados
Muy pocos y muy mal aderezados.

Mas es así que la gente mas llana
De cuantos indios hoy están subyetos,
Con la conversacion cotidiana
Despiden los temores y respetos,
Y notan de la gente castellana
Sus mañas, sus ardidés y secretos;
Y todos ellos cuando ven la suya
No dejan ocasion que se les huya.

No toman la virtud destas escuelas,
Sino pecados, juegos, desatinos,
Y tanto mas abundan de novelas
Cuanto se van haciendo mas ladinos;
Y estos en los engaños y cautelas
Son peores que espíritus malinos,
Y entrellos no se ve mozo ni viejo
Que quiera ser capaz de buen consejo.

Y con ser el ladino desta gente
En astucias plenísimo venero,
Por no perder algun gusto presente,
No recellan del gusto venidero,
Y á truceo de vengar un accidente
Dejan la sogá ir tras el caldero,
Segun estos presentes enemigos
Que pensaban quedar sin castigos.

Porque llegada ya la fatal hora,
El Gregorio dió golpes á la puerta
Del Antonio Pereira y su señora;
El amo recordó y ella despierta,
Y mandan que no abran á deshora;
Pero sus pajes se la dan abierta:
Entró luego de gente gran ruido
Y el Pereira saltó del dulce nido.

Y al tiempo de salir del aposento,
En el rostro le dan una herida;
Otro golpe secundan mas sangriento,
Pero ninguno le quitó la vida;
Una lanza sin hierros y sin cuento
En el suelo topó que está caída,
Y con ella sin armas y desnudo
Los entretuvo todo cuanto pudo.

Pero su mujer Ana de la Peña,
Hiriéndole las voces el oído,
Reconoció ser bárbara reseña,
Y femenino miedo despedido
Saltó como novilla zahareña,
Empuñando la espada del marido:
Da tajos y reveses de tal suerte
Que se libraron ambos de la muerte.

Rompieron ambos el contrario bando
Escapando del duro cautiverio;
Juntos, el uno al otro guardando,
No padecieron otro vituperio;
Por medio de la calle van volando
Para poder llegar al monasterio,
Donde los religiosos y reclusos
Andaban ya revueltos y confusos.

Porque de la ciudad no queda casa
Por cuya cumbre no volasen llamas,
De lo superior hasta la basa
Deshechas todas las pajizas tramas;
El templo principal ya hecho brasa,
Donde llegaron con ardientes ramas,
Mas ante todas cosas los violentos
Robaron los benditos ornamentos.

Coro Ponaimo de su furor ciego,
Viendo quel monasterio permanece,
Cinco veces ó seis le puso fuego
Y admirase de ver que no le emepece;
Crece la grita y el desasosiego,
El fuego donde quiera resplandece;
Los frailes viendo tanto desconsuelo
Invocan el favor del alto cielo.

Mas el viejo fray Pedro de Palencia,
Con un mulato suyo Juan Carnero,
A los bárbaros hizo resistencia
En una puerta del zaguán primero,
Tanto que no bastó su violencia,
A volvelle los filos del acero,
Ni para que dejase la rodela
Que fué mantenedora de la tela.

Y así con ella del furor escapa
Diciendo con acentos conocidos:
«Ovejas del obispo de Chiapa,
Ningun gusto me dan vuestros balidos,
Pues que por fuerza nos quitais la capa
Sin darnos un vellon para vestidos;
Y así de lana que tan malse hila
Renuncio para siempre la desquila.»

Fray Dionisio de Castro, sin aliento,
Viendo de desventuras tal sumario,
Convocó religiosos del convento
Y abrió presto las puertas del sagrario;
Sacaron el sacrosanto Sacramento
Y á la bendita Virgen del Rosario;
Llevólos á lugar sin cobertura,
Aunque la iglesia se quedó segura.

Delante del, hincadas las rodillas,
Con intimos suspiros y vertiendo
Lágrimas con que riega sus mejillas,
Aute su Majestad está diciendo:
«Restaurador de las eternas sillas,
Libradnos de peligro tan horrendo:
Oid, Señor, los gritos y clamores
Destos atribulados pecadores.»

» Socórranos, Señor, vuestra clemencia,
Y en este movimiento tan atroce
No prevalezca bruta pestilencia
Que no os sabe, ni cree, ni conoce;
Nuestros grandes pecados y demencia
Merecedores són de mayor coce;
Pero no midais vos, Redentor mio,
La punición segun mi desvario.

» Estrella de la mar, Virgen, Señora,
Santa de santidad insuperable,
Tened por bien de ser intercesora
Por esta compañía miserable;
Cáñese ya la mano vengadora
Desta nación bestial y detestable;
Matan vuestros devotos y sirvientes,
Van degollando niños inocentes.»

Y es así que por todos se reparte
La turbación, la confusión y pena,
Porque la furia del sangriento Marte
Cosa no ve mover que no cercena,
De tal manera, que cualquiera parte
De miembros palpitanes está llena;
Casa no queda donde falte llanto,
Dolor, temor, horror, mortal espanto.

Bien como los mortíferos venenos
En los estómagos de los humanos,
Que de los miembros que tenían buenos
Ningunos dellos les quedaron sanos,
Antes los hacen de vigor ajenos
Debilitando piés, brazos y manos,
Sin dejalles artejo ni juntura
Que no recorra tanta desventura:

Así también los bárbaros tumultos
Donde quiera sus furias acrecientan,
Corriendo los lugares mas ocultos,
Que todos los maculan y ensangrientan,
Y donde quiera que divisan bultos,
Jáculos penetrantes les presentan,
Y de la mas que bárbara caterva
Ningun varon ni hembra se reserva.

Vieron su triste fin en la pelea,
Partidas sus cabezas con macana,
La bella doña Guiomar de Urrea
Y doña Beatriz, su cara hermana;
Este mismo rigor mortal se emplea
En otra principal dieha doña Ana,
Doña Ana de Anibal digo que era,
Quel pecho mas feroz enterneciera.

Isabel de Briones quedó manca
De vida temporal, y en dura tierra
El arroyo de sangre no se estanca
Del cuerpo bello de Maria Becerra;
Cayó la varonil Elvira Franca,
Ana Ruiz del mundo se destierra,
Ana Fernandez en escondedrijos
La vida concluyó con sus dos hijos.

Quebrantadas las frentes y las cejas
Luego con asperisimos cuchillos,
A las galanas mozas y á las viejas
Que traen arracadas y zarcillos,
A raíz les cortaban las orejas
Y los dedos también de los anillos,
Desnudándolas de sus vestiduras
Hasta dejallas en las carnes puras.

Catalina Rodríguez, desposada
El infelice dia malhadado,
En el infausto lecho fué ballada,
Su muy hermoso pecho traspasado,
Adonde la dejó desamparada
El mas que temeroso desposado;
El cual salió después de salir ellos
Chamuscadas las barbas y cabellos.

En manos la dejó de quien la mata;
Mas della se colige, si pudiera,
Que no buyera del en el combate,
Antes otra Hipsicratea fuera,
Aunque él no se mostró ser Mitridate,
Pues en huir de allí salud espera,
Dejando su querida para cebo,
Venciendo su temor al amor nuevo.

Fueron mas de cincuenta los difuntos,
Los cuales por sus nombres no refiero,
Pues no podré decir en breves puntos
Los que vieren su dia postrimero;
Mas con mujer y cuatro hijos juntos
También murió Hierónimo Romero,
Y su pequeña hija quedó viva
Que los barbaros hoy tienen captiva.

Durantes pues los gritos y clamores
Y el mal que por momentos se empeora,
Tomó sus armas Antonio de Flores,
Un principal hidalgo de Zamora,
Y ensilló su caballo sin favores,
Por nadie los tener en esta hora;
Y dígoles porque este zamorano
Es un soldado manco de una mano.

Púsole su pretal de cascabeles,
Y abrevia lo posible la carrera
A la parte do suenan mas tropeles
Y mayor junta de la gente fiera;
Y como por algunos infieles
Entendieron andar caballo fuera,
Antes que contra ellos arremeta
A recoger tocaron la corneta.

Recogieronse todos al momento
En arboledas y lugar opaco;
Ya solo Flores en su seguimiento
Amenazándolos con brazo flaco,
Pero no les perturba su contento
Ni les pudo quitar el rico saco;
Que por las muchas piedras del camino
No podía romper con el rocino.

Antes cuando los iba persiguiendo,
Que la distancia fue largo pedazo,
Un ladino gandul iba diciendo:
«Volvamos á matar tan duro mazo
Que nos hizo huir con el estruendo,
E yo sé que no tiene mas de un brazo,
Y nos ha hecho con su vana lanza
Quedar sin hacer llena la matanza.»

Fácil se les hiciera la contienda,
A no tener sus tretas el tullido
Para poder meter y sacar prenda,
Y así ninguno fué tan atrevido:
Fuéronse pues con toda la hacienda
Y saco que llevaban recogido;
El Flores se volvió via derecha
A ver la destruición que quedó hecha.

En este tiempo ya llegó la hora
Que por los abrasados aposentos
Estendiese sus ojos el aurora,
Ojos encarnizados y sangrientos,
Segun suele tenellos cuando llora
Quien por ellos desagua sus tormentos;
Y así luego cubrió su rostro puro
Con toca de nublado muy obscuro.

¡Oh! qué espectáculo tan lastimero
Al Flores se le puso por delante!
¡Qué corazon de piedras ó de acero,
Qué pecho de tan duro diamante,
Qué hombre tan cruel y carnicero
Que viendo lo qué vió no se quebrante!
¡Quién estuviera sin alterar venas
Viendo caidas tantas Polixenas!

Unas desnudas, otras mal vestidas,
Y todas de su sangre rubricadas,
De los terribles golpes y heridas
Las íntimas entrañas traspasadas;
Cabezas en pedazos repartidas,
Orejas y narices cercenadas;
Otras con fuego de sus propios nidos
Sus cuerpos en carbonos convertidos.

Viendo la destruición digna de luto,
Y no por ilusión ni por antojos,
Engrandeció su voz Flores Enjuto,
Enjuto, pero ya no de los ojos,
Pues llorando llamó los que tributo
Al bárbaro pagaron con despojos,
Porque los que tuvieron buenas piernas
Metieron por bosques y cavernas.

Como fuese con voces importuno
Por recoger la gente divertida,
Dos á dos, tres á tres y uno á uno,
Salían a la voz reconocida,
Hasta tanto que ya quedó ninguno
De los que se escaparon con la vida,
Pero ninguno dellos tan exento
Que no guie sus pasos con gran tiento.

Bien como los ratones que comiendo
Algun mantenimiento que los ceba,
Que si perciben el menor estruendo,
Con gran prisa se vuelven á la cueva,
Mas luego poco á poco van saliendo
No sintiendo remor de cosa nueva,
Y de tal modo gustan la comida
Quel ojo principal es la huida:

Los mismos sobresaltos y recatos
Traían las mujeres y varones,
Y con mayor temor que de los gatos
Suelen tener los tímidos ratones;
Aumentando con otros malos ratos
Aquellas angustiosas turbaciones,
Viendo la cantidad de gente muerta
Que para grandes gritos abrió puerta.

El rostro de las dueñas era rio;
Hinchese de clamores aquel llano;
Unas están diciendo: «¡Hijo mio!»
Otras: «¡Ay, primo! Y otras: ¡Ay, hermano!»
Otras dicen: «¡Ay, madre, padre ó tio!»
Otras el parentesco mas cercano;
Sena dolor, terror, angustia, duelo,
Congoja, turbación y desconsuelo.

Lleva Guataporí por sus riberas
Un ronco son de voces mal abiertas,
Porque de lamentar las mas enteras
En su pronunciaciön quedan inciertas:
Y no menos dolores concibieras
De ver las gentes vivas que las muertas;
Pues en aquel bullicio ya propuesto
Salió quien mas llevaba descompuesto.

Porque de la manera que despierta
En aquel repentino sobresalto,
Saltó por los corrales ó la puerta
Y otros algunos por lugar mas alto;
El uno la cabeza descubierta,
Otro descalzo, y el que menos falto
Hallóse rico, si la tierra pisa
Con solo zarafuelles y camisa.

Como quien naufragó cerca de puerto,
Que para se salvar en la ribera,
El vestido de que estaba cubierto
Desechó por ir mas á la lijera,
Y aquel que mas no pudo salió muerto,
Y desnudo también quien salió fuera:
Así se vian semejantemente
Los muertos y los vivos desta gente.

Mas Antonio de Flores, como era
Persona principal y proveída,
Hizo subir la gente mas entera
A caballo muy bien apercebida;
Y si tan buen aviso no tuviera
Todos ellos quedarán sin la vida,
Porque vino gran copia de gentiles
Ítotos y de indios cariachiles.

Venían caciquejos seis ó siete,
Que fueron con los tupes en consejo:
Orva, Alonso, Cuoque é Ichopete,
Y Pericote y un Juan Cabellejo,
Que para lo que cada cual promete
Traían gentil orden y aparejo,
Pensando de hallar el otro alarde;
Pero cuando llegaron era tarde.

Todos los escuadrones son lucidos,
Con soberbios plumajes y galanos;
A vista llegan de los afligidos
Que temblaban de vellos tan cercanos;
Mas viéndolos estar apercebidos
Con adargas y lanzas en las manos,
Pasaron á quemalles las estancias
Por quitalles del todo las substancias.

Fueron á ellos pues incontinente
Con grandes alborotos y bullicios,
Y allí mataron toda cuanta gente
Tenian para rústicos servicios;
Las violentas llamas del ardiente
Fuego les consumió los edificios;
Y á estas heredades hechas brasas,
Se volvieron los indios á sus casas.

De los cristianos unos los senderos
Velan, y los demás llaman al cura
Para que den, según los pios fueros,
A los nuestros terrena sepultura:
Hicieron á don Lope mensajeros,
Dándole cuenta desta desventura;
El cual, viendo negocio tan terrible,
Apresuróse todo lo posible.

Procuró consolar los moradores,
Dándoles de las cosas qué alcanza,
No sin reprehension á regidores
Por su demasiada confianza,
Y prometió que de los malhechores
Presto se tomaria la venganza;
Y así para que fuesen castigados
Nombró luego caudillos y soldados.

Guerreros instrumentos apareja,
Y para que subiesen la ladera
Nombró cincuenta de la gente vieja
Y de las otras la que mejor era,
Y un Alonso Rodríguez de Calleja,
Natural de Jerez de la Frontera,
El cual con el recato que convino
Guió para los tupes su camino.

Cuando subian por los altos puertos,
Donde los enemigos habitaban,
Fueron al mismo punto descubiertos
Por espías de indios que velaban,
Que ya todos sabian los conciertos
Y duras intenciones que llevaban;
Y así se junta toda la ralea
Dispuesto cada cual para pelea.

Ocuparon las cumbres y peñoles;
Hieren con grita los mudables vientos
Cornetas y torcidos caracoles,
Usados en guerreros movimientos;
Muchos traen vestidos españoles,
Y muchos los benditos ornamentos,
Haciendo por escarnios y desdeños
Ostentacion de los robados bienes.

A vueltas del clamor y vocería
Galgas se precipitan, flechas vuelan;
Respóndeles el arcabuceria,
Que todos estos bárbaros recelan;
Y nuestros españoles todavía
Por les ganar un reventon anhelan:
Aumentase la grita y el estruendo,
Uno subiendo y otros defendiendo.

Estaba Curunaimo delantero,
Sin recelar los manuales truenos,
Y el Alonso Rodríguez mas certero
Que muchos, con tener un ojo menos,
Con una bala le pasó el garguero,
Haciendo sus clamores menos llenos;
Y no cayó con el caliente rayo,
Aunque sintió con él algun desmayo.

Pero después que vió de la garganta
El golpe grueso que de sangre mana,
Arrimó las espaldas á la planta
Que por allí tenia mas cercana,
Y con ferocidad que los espanta,
El arco suelto, toma la macana
Para vengar con ella sus enojos,
Mas faltóle la vista de los ojos.

Pues al tiempo que hizo movimiento,
La maza levantada y estendida,
Llegó de su salud el rompimiento,
Y el ánima se fué por la herida
A las eternas penas y tormentos
De la tierra de vivos despedida,
No sin grandes congojas y pesares
De los indios cercanos en lugares.

Pues aflojando van en gran manera
Turbados con aquella pesadumbre;
Y los de la cristifera bandera,
Conociendo de indios la costumbre,
Abrevian el subir de la ladera
Hasta que ya llegaron á la cumbre;
Los defensores della viendo esto
Procuraron tomar otro recuesto.

A sus casas llegó nuestra cuadrilla,
Donde tuvieron no menor recuento;
Mas aunque duró mucho la rencilla,
Con voces que metian en el centro,
Pudieron ganar aquella villa,
Y aquella noche reposaron dentro,
En confianza de sagaces velas
Y á punto las espadas y rodela.

Venidos ya los rayos soberanos,
Por asechos de amigos naturales
Coro Ponaimo les cayó en las manos
Con otros ciertos indios principales:
El castigo se dió según los males
Que dellos recibieron los cristianos,
En la uña haciendo los procesos,
Vista la gravedad de los sucesos.

Este castigo que decimos hecho,
Aunque no por entonces concluido,
Los españoles con algun provecho
Volvieron sanos á su propio nido;
Pero nunca Francisca por asecho
Se pudo descubrir ni su marido,
Ni don Francisco, bárbaro ladino,
No menos atrevido que malino.

Pero los tupes deste territorio,
Mirando lo que cada cual arrisca,
Y el daño recibido ya notorio,
Cuyo principio vino de Francisca
Y del indio Francisco y del Gregorio,
Principales cabezas en la trisca,
Andaban por quebrar allí sus sañas
Y ver qué color tienen sus entrañas.

Con este miedo que los tres atierra,
Huyendo por lugares mas opacos
Se pasaron á la frontera sierra,
Donde residen indios aruacos;
Los cuales en los trances desta guerra
Nunca tuvieron términos bellacos,
Antes su principal cacique quiso
De la venida dellos dar aviso.

Sabida por don Lope la venida
Y parte donde estaban abscondidos,
Envió gente bien apercebida
Para que fuesen presos y traídos
A pagar cada uno con la vida
Pecados y delitos cometidos;
Y así los trajo Pedro de Morales,
Con guardas y durisimos ramales.

Venidos pues los malaventurados,
Procedese con suma diligencia,
Y todos tres procesos substanciados
Con la declaracion de su demencia,
A muerte natural son condenados,
Y ejecutóse luego la sentencia,
Con un alto pregon que dió noticia
Del caso por que hacen la justicia.

Antes de lo subir al escalera
Pidió Gregorio, por merced subida,
Que su muerte del fuese la primera
Por no padecer dos en una vida,
Una, la suya propia qué espera
Y otra de ver morir á su querida;
Admiranse de ver lo que decia,
Y así se hizo como lo pedia.

Demandaron perdon puestas las manos
Por todas las pasadas insolencias,
Diciendo como con furoros vanos
Usaron de tan grandes inclemencias;
Finalmente, con muestras de cristianos
Hicieron otras santas diligencias,
Y creése, según pios motivos,
Que fueron á la tierra de los vivos.

Castigaron después á los itotos
Y á los que fueron en el movimiento,
Los cuales en batalla fueron rotos
Y en ella perecieron mas de ciento;
Y mitigados estos alborotos
Con medicina de rigor sangriento,
Luego don Lope mil cosas ordena,
Mas una dellas sobre todas buena.

Aquesta fué, que para mas seguro
De los que padecieron el asalto,
Y en las horas de luz ó con obscuro
Pudiesen reposar sin sobresalto,
Hizo cercar la ciudad de muro
Que dicen ser de seis tapias en alto
Muy anchas y de buenos fundamentos,
Y de piedras bien puestos los cimientos.

Llamó copia de indios, y dió corte
Cómo les ayudase la canalla
Por términos guiados con reporte;
Y es la ciudad primera que se halla
En tierra firme de la mar del norte,
Toda fortalecida de muralla,
Sin mucha pena de los naturales,
Por tener á la mano materiales.

Porque hizo domar muchos novillos
Con que los traigan y con que cultiven,
Y hizo labrar tejas y ladrillos
Para cubrir las casas donde viven,
Que pueden hoy servilles de castillos,
Donde de sus haciendas no los priven,
Porque la fabrica de paja hecha
Consigo se traia la sospecha.

Está la ciudad en gran zavana,
Y tiene nobilísima templanza;
Posee gran compás de tierra llana;
Es fértil en labranza y en crianza;
Hay frutos de la tierra castellana,
Y de los naturales mil alcanza;
Gran cantidad de vacas y de yeguas,
Y estará á la mar veinte y dos leguas.

En tanto que don Lope proveia
Tantas cosas, que yo me maravillo,
Andaba fuera mucha compañía,
Y como general y su caudillo
Pero Ruiz de Tapia la regia;
Junto con él don Alonso Carrillo,
Que es hijo del don Lope, cuya lanza
No recelaba la mayor pujanza.

Ven los que nunca dieron obediencia
Lejanos aruacos, gente fiera,
Que tienen su lugar y residencia
En lo supremo desta cordillera,
Donde tuvieron dura competencia,
Pero prevaleció nuestra bandera;
Salen de sus asientos esto hecho
Por parecerles gentes sin provecho.

Corrieron por las cumbres comarcanas,
Hasta que ya bebieron agua fria
En la provincia de los maconganas,
Indios, según á todos parecia,
Que nunca vieron gentes castellanas
Hacer camino por aquella via;
Y así tres mil ó mas en ordenanzas
Acometen con flechas y con lanzas.

Animan los caciques sus vasallos
Con principal ardor y diligente;
Pero con arcabuces y caballos
Fueron desbaratados fácilmente;
Huyeron, y procuran alcanzallos
Y prendieron algunos desta gente,
Los cuales se mataban con sus manos
Por no se ver en las de los cristianos.

Aquestos españoles eran ciento;
Y pareciendo número bastante,
Por no les contentar aquel asiento,
Ni para fundar pueblos elegante,
A que llevaban principal intento,
Determinaron ir mas adelante
Haciendo su camino la corona
A las otras vertientes á Tairona.

Y así Pero Ruiz su gente saca
Caminando por do mejor pudieron,
Tierra de poblaciones algo flaca,
Hasta ver la provincia que dijeron
Val de San Sebastian de Taironaca,
Desde cuyos asientos se volvieron
Por no hallar la tierra tan entera
Cuanto solia ser en otra era.

Por Tairona después hizo camino,
Valle por muchas veces referido,
Mas con temor del otro torbellino,
De Castro lo halló todo barrido,
Por estar, según, dicen el vecino
Dentro de Pocigüeyca recogido,
Y de presente ser aquella tierra
La mayor fortaleza de la sierra.

En efecto volvieron al arena
Del valle do tenían sus reposos,
Tan vacía de oro la crumena
Cuanto de vella llena deseosos;
Mas pues cansancio, sinsabor y pena
Olvidan con regalos amorosos,
Razon será que yo huelgue la siesta
Antes que se dé fin á lo que resta.

CANTO SEGUNDO.

Donde se tracta cómo don Lope de Orozco envió al capitán Antonio Cordero á poblar la provincia de Chimila, y gente blanca, y las cosas que sucedieron durante la poblacion.

Muchas veces habemos dado cuenta
De las cosas antiguas de Chimila,
En lo que mas atrás se representa
Y mi memoria flaca recopila:
Tierra bien asombrada, clara, exenta,
Pero sus poblaciones anihila
La gran saca de esclavos que solia
El antiguo tener por granjeria.

Que los antiguos no tenían ojo
A se perpetuar ni hacer nido;
Sino con los esclavos y despojo
Mejorar cada uno su vestido;
Y así las inquietudes y el enojo
Han muchos destes indios consumido,
Mas no de tal manera que no quede
Quien de sus descendientes los herede.

Y aun en aqueste tiempo que lo cuento,
En belicoso tracto y ejercicio
Uno vale ya tanto como ciento,
Por ser cursados bien en el oficio,
Y en un desesperado rompimiento
Ningun indio presume ser novicio;
Mas todos usan de sagacidades
Según los tiempos y necesidades.

En la sazón que Manjarés vivia,
Allí tuvieron un pueblo fundado,
Y despoblóse no sé por qué via,
Porque desto no soy bien informado;
Mas Lorenzo Jimenez se decia
El capitán entonces señalado,
Y este desapareció por allí junto,
Sin mas hallallo vivo ni difunto.

Viendo don Lope pues ser conviniente
Aquella poblacion ir adelante,
Para los allanar envió gente
Tal cual le parecia ser bastante:
Fué Antonio Cordero por teniente,
Cursado para cargo semejante;
Eran ciento y setenta los soldados,
De cosas necesarias pertrechados.

La ciudad en llegando fué trazada,
Y las cuadras iguales en medidas,
En parte rasa bien acomodada
Y con buenas entradas y salidas;
La poblacion Sant Angel fué llamada
Por causas que no tengo conocidas;
Buscaron hombres destas vecindades
Para hacer con ellos amistades.